



Materiales para la
JORNADA PRO ORANTIBUS
4 de junio de 2023
Solemnidad de la Santísima Trinidad



© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

ÍNDICE

Presentación	3
Testimonios	7
Para gustar y orar.....	19
En agradecimiento a Benedicto XVI, recordemos sus palabras	23

PRESENTACIÓN

Para quienes tratamos de vivir con los ojos abiertos ante la realidad que nos circunda y de la que formamos parte, no es difícil encontrar motivos para la tristeza y la desazón: amanecemos cada día con noticias de violencia, injusticia, egoísmo, exclusión, pobreza y sinsentido. También a una escala más personal, al mirar con sinceridad nuestro interior y el conjunto de nuestras relaciones, nos topamos con heridas y sinsabores que pueden ir sumiéndonos poco a poco en un desaliento paralizante. Existen, además, dinanismos sociales y actitudes individuales que fomentan nuestra rendición desesperada ante el avance de las tinieblas, formas de vida que nos hacen creer que esta realidad sombría es la única o la más poderosa, aquella que termina por imponerse cuando decaen nuestras mejores intenciones.

Normalmente, esta percepción amarga se agudiza a medida que avanzamos en años y en experiencia, pero en nuestros tiempos parece haber contagiado incluso a los más jóvenes, entre quienes también se detectan altas dosis de desmoralización y abatimiento, e incluso un preocupante aumento de suicidios. Precisamente a ellos, a los jóvenes, se dirige con frecuencia el papa Francisco para instarlos vivamente a la esperanza, que despierta en nosotros cuando somos capaces de mirar la realidad más allá de la hojarasca de la historia, en su raíz primera y su horizonte último, que son los de Dios.

Así, por ejemplo, en su viaje apostólico a Cuba, en 2015, el papa habló de esta manera a los jóvenes que tenía delante, para hacer resonar en todo el mundo una llamada a la esperanza cristiana arraigada en el deseo profundo de una vida en plenitud:

Invito a la esperanza, que «nos habla de una realidad que está enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y los condicionamientos históricos en que vive. Nos habla de una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud, de vida lograda, de un querer tocar lo grande, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor. [...] La esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna». Caminemos en esperanza (*Fratelli tutti*, 55).

Leídas a la luz de la Jornada *Pro Orantibus* 2023, estas palabras vibrantes del mensaje de Francisco a los jóvenes cubanos —recogidas años después en la encíclica *Fratelli tutti*— pueden ayudarnos a reconocer, celebrar y orar por aquellos hermanos y hermanas que, abrazando la vida contemplativa, alientan nuestra esperanza y la requieren. En su luminoso horizonte está «generar esperanza». Por una parte, ellos y ellas, al renunciar al espíritu mundano y entregar radicalmente la vida «a querer tocar lo grande [...], la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor», se convierten en parábola de la esperanza última para la Iglesia y para toda la humanidad.

Desde su vocación particular, los contemplativos encarnan y dan a conocer esa esperanza que, más allá de optimismos y pesimismo, asienta nuestra historia en lo más profundo de la realidad, en el corazón de Dios Trinidad que ha creado este mundo por pura liberalidad, lo acompaña con suave providencia, lo salva a través de la entrega amorosa de Jesucristo, lo ilumina y alimenta por medio de la Iglesia y lo recreará al final de los tiempos en la gloria de los santos. La esperanza que brota de la fe en la realidad última de Dios se hace carne cotidiana en cada convento y monasterio, allí donde se cultivan la oración y la celebración que abren a la hermosura de la Trinidad; la fraternidad y la reconciliación, que generan relaciones nuevas; la hospitalidad y la caridad, que ensanchan la misericordia para con todos; el trabajo y el descanso, que unen el propio esfuerzo al don divino. Así, cuantos caminamos tratando de dar respuesta a la sed de una vida lograda en medio de tantas desdichas agradecemos el testimonio de la vocación contemplativa, que se goza en buscar y esperar cada día al Señor que viene para que todos tengamos vida, y vida en abundancia; para que tengamos esperanza.

Al tiempo que genera y nos regala un bello canto de esperanza contra el mal y el sinsentido, la vida contemplativa aguarda de nuestra parte aliento para el camino. En este sentido, los contemplativos también lanzan su mirada al resto del pueblo de Dios, deseando recibir los dolores y las alegrías de este mundo para poder esperar por todos y con todos. Por eso, en esta Jornada *Pro Orantibus* que cada año se nos regala, no dejemos de acercarnos, si tenemos ocasión, a nuestros hermanos y hermanas contemplativos, con el fin de compartir entre todos los consuelos y las fatigas de los hombres y mujeres de esta tierra. Comprometámonos juntos en la misión de generar esperanza donde haga más falta, donde más ur-

gente sea el anuncio del Señor resucitado. Y recemos también por ellos, para que puedan recibir el sostén de nuestra plegaria sincera ante Dios y se vean apoyados en su deseo de peregrinar sin desfallecer a la luz del rostro del Señor. De este modo, como decía santa Teresa de Jesús, quienes se han entregado a la esperanza con audacia y reciedumbre, seguirán encontrando en Dios su baluarte y ofreciendo a todos la única cura capaz contra el desaliento, pues «el mejor remedio es esperar en la misericordia de Dios, que nunca falta a los que en él esperan. Sea por siempre bendito, amén» (santa Teresa de Jesús, *Moradas* VI,1,13).

Feliz y esperanzada Jornada *Pro Orantibus* en la Solemnidad de la Santísima Trinidad.

Obispos de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

TESTIMONIOS

¡Esperanza que genera vida!

«Hemos sido salvados en esperanza.
Y una esperanza que se ve, no es esperanza;
efectivamente, ¿cómo va a esperar uno algo que ve?
Pero si esperamos lo que no vemos,
aguardamos con perseverancia»
(Rom 8,24-25).

El papa Francisco dice a menudo en sus audiencias y homilías: «Sin ternura y sin esperanza, no podemos vivir». Y creo firmemente en esta afirmación, porque la esperanza es el fruto de vivir con coherencia nuestra fe y nuestra ternura-caridad.

¿Y cómo vive una persona contemplativa la esperanza que engendra y da vida? En primer lugar, nuestra vocación no nos sitúa en una posición privilegiada, fuera del mundo, sino que nosotros «gemimos» con el mundo, compartiendo su dolor, sus dramas, sus heridas, pero lo vivimos en la esperanza, sabiendo que en Cristo «las tinieblas pasan, y la luz verdadera brilla ya» (1 Jn 2,8).

Esperar es, primeramente, descubrir en las profundidades de nuestros días una Vida con mayúsculas: Cristo que dijo: «¡Yo soy el camino y la verdad y la vida!». Acoger esta Vida con un sí que abarca todo nuestro ser nos lanza a poner, aquí y ahora, en medio de los azares de esta sociedad, signos de porvenir distintos, semillas de un mundo nuevo que, a su tiempo, darán sus frutos.

Para los primeros cristianos, el signo más claro de este mundo nuevo era la existencia de comunidades compuestas de personas de distintos orígenes y lenguas diversas. En nombre de Cristo, estas comunidades surgían por todo el mundo mediterráneo. Superaban todo tipo de divisiones que les impidieran estar cerca unos de otros; estos hombres y mujeres vivían como hermanos, como la familia de Dios, rezando unidos y compartiendo sus bienes según las necesidades de cada uno. (cf. Hch 2,42-47).

Se esforzaban en mantenerse «unánimes y concordés con un mismo amor y un mismo sentir» (Flp 2,2), y así brillaban en el mundo como lumbreras (cf. Flp 2,15). Desde el nacimiento de la Iglesia, la esperanza cristiana ha encendido el fuego del amor de Dios, manifestado en su Hijo Jesucristo, en toda la tierra.

En el hoy que nos toca vivir, el Señor nos llama a vivir con gozo esperanzado y creatividad, a la vez que con sencillez y humildad, la inmensa riqueza de los diversos carismas que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia. Nuestra vida es una palabra «profética» que engendra esperanza, que hace presente nuestro ser de «peregrinos» caminando hacia el Padre siguiendo las huellas de nuestro Señor Jesucristo muerto y resucitado, que nos ha abierto el cielo y nos ha sentado con él a la derecha del Padre.

La esperanza y la fe unidas dan como fruto el amor. Infundimos esperanza en nuestra humanidad marcada por divisiones, guerras, odios, afán de poder, angustias y temores y, tentada de desaliento, testimonianando la fuerza renovadora de las bienaventuranzas, de la honradez, de la ternura y compasión, el valor de la bondad, de la vida sencilla llena de significado.

Se es contemplativo allí donde el amor es activo. Es el amor el que purifica nuestros pensamientos, sana nuestras heridas, nos une, nos alivia en el sufrimiento, denuncia las injusticias y abre caminos de reconciliación.

Con nuestra oración alimenta también la esperanza de la Iglesia, contribuyendo a que todos nos reconozcamos hermanos para favorecer el espíritu de comunión. Tengamos la capacidad de repetir cada día el «sí» que pronunciamos al sentir la llamada de Jesús, que se sigue escuchando, de forma siempre nueva, en cada etapa de la vida. Su llamada y nuestra respuesta mantienen viva nuestra esperanza.

La pregunta que podemos hacernos, finalmente, no es tanto ¿qué esperamos nosotros?, como ¿qué espera Dios de nosotros? Nuestra esperanza es profecía, cercanía, alegría porque se fundamenta en Jesucristo, principio y fin de toda realidad. El presente, aunque esté lleno de precariedad, se puede vivir con entusiasmo si nos hace mirar a la meta, y si la meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino (*Spe salvi*, 1).

La esperanza cristiana es teológica: ¡llegar a conocer al Dios verdadero, al Crucificado que ha resucitado! ¡Ahí radica nuestra esperanza! Entre

las cosas esperables, aunque de entrada nos produzca rechazo, también está la cruz del Señor. Solo siendo amigos de la cruz viviremos felices y podremos ser esperanza para los más débiles.

La experiencia de Dios vivida en fraternidad nos impulsa a hacer nuestra la «misión de Cristo»: ser profetas de esperanzas y ser portadores de la luz del Resucitado en medio de las noches de la humanidad.

SOR M.^a DOLORES DE JESÚS DOMÍNGUEZ. CARMELITA
(*Monasterio del Sagrado Corazón. Córdoba*)

La vida contemplativa, fuente de esperanza

Ante todo y por honestidad tengo que hacer dos afirmaciones. La primera es que mi aportación sobre la vida contemplativa como fuente de esperanza tiene como base mi experiencia como monje benedictino, es decir, la de un monje que vive bajo una Regla y bajo un abad tal y como establece san Benito en el capítulo 1 de su Regla (a partir de ahora RB) que escribió para los monjes. La vida monástica es una de las expresiones de la vida contemplativa.

La segunda es que la vida contemplativa, ser contemplativo, no es patrimonio exclusivo de los monjes o monjas, sea cual sea su tradición o familia monástica. Todo cristiano, todos, estamos llamados a ser contemplativos, ya que el contemplativo es aquel que se esfuerza por captar, por ver, por leer, por vivir la presencia de Dios en la cotidianidad. Ciertamente, Dios puede conceder a alguien el don de una contemplación de carácter místico de su misterio divino y del misterio de la humanidad, pero la mayoría de los mortales podemos y debemos ser contemplativos, ya que no se trata de «contemplarnos» a nosotros mismos sino de vernos y leer la realidad con los ojos de Dios. Esta es, según mi criterio, que someto a cualquier otro mejor fundado, la definición de contemplativo. De aquí que los maestros de espiritualidad hablen de la mirada contemplativa, de la oración contemplativa..., es decir, la que nos hace situar nuestra vida, la de los hermanos y la del mundo bajo la mirada de Dios, que es el gran contemplador ya que contempla la obra de sus manos y «vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (Gen 1,31).

Estas dos afirmaciones no son obstáculo para que en el seno de la Iglesia existan hombres y mujeres que intenta responder a la llamada de Dios desde el monasterio, dedicando a ello toda su vida. Es desde esta experiencia, con todas las limitaciones propias de lo que es humano, desde donde me dispongo a escribir esta reflexión.

¿Dónde se encuentra la esperanza? En el corazón Dios. En el corazón del hombre

Dicho esto soy consciente de que ni hoy ni nunca ha sido fácil el camino de la vida. Releyendo la historia de los pueblos, la de nuestras familias y comunidades e incluso la personal, propia o ajena, constatamos las innumerables dificultades que la surcan.

Si nunca ha sido fácil, en el mundo globalizado y digitalizado que estamos viviendo, y de manera especial en la pospandemia o en el resurgir de guerras absurdas (todas los son) y en las grandes sequías, vivir hoy la esperanza o esperanzadamente o que nuestras vidas sean fuente de esperanza puede llegar a parecer una quimera.

De todas formas, suele decirse que la esperanza es lo último que se pierde. En palabras del filósofo y matemático Tales de Mileto (c. 624 – c. 546 a. C.), «la esperanza es el único bien común a todos los hombres; los que todo lo han perdido la poseen todavía».

Más aún, solemos decir que no se puede vivir sin esperanza porque esta forma parte del proceso de la realidad, es una de las energías que hacen posible la vida. Julio Cortázar (1914-1984), en su obra *Rayuela*, afirma que «la esperanza le pertenece a la vida, es la vida misma defendiéndose».

Más recientemente un joven monje en etapa de formación me decía: «Lo último que se pierde no es la esperanza sino la dignidad».

He traído a colación estos tres testimonios, uno de la antigüedad y dos del siglo XXI, para que nos hagan darnos cuenta de que la esperanza forma parte de la vida; más aún, es vida en sí misma, más allá o con las dificultades que comporta el vivir. Retomando la aportación del joven monje, la dignidad humana, la propia y ajena, tantas veces pisoteada, es absolutamente inalienable e imperecedera. Avanzo que quizás el gran

desafío de los contemplativos y de todo creyente es que tantos de nuestros contemporáneos recobren la conciencia de su dignidad de hijos amados por Dios. Esta es la verdadera esperanza. Volveré sobre ello.

Teniendo en cuenta estos tres pensamientos, me doy cuenta de que el tema de la esperanza es muy actual tanto para la Iglesia como para el mundo de hoy y de siempre. A los contemplativos —que no somos nada ni nada menos que hombres y mujeres que deseamos vivir con radicalidad nuestra vocación humana y cristiana— nos tocan de lleno las situaciones de este tiempo como a nuestros antepasados los tocaron las de su momento.

La importancia de la esperanza y su actualidad no se deben a la aparición por doquier de signos de cansancio y de desesperanza o de pensamientos más o menos bien elaborados, sino que la esperanza es algo muy serio porque toca de lleno el corazón de Dios y el corazón del hombre o de la mujer, en nuestro caso del monje y de la monja contemplativos, sea cual sea su tradición o familia monástica.

La esperanza, una virtud teologal

No podemos hablar de esperanza si no tenemos claro que esta forma parte de la tríada de las llamadas virtudes teologales, es decir, la fe, la esperanza y la caridad, las cuales no podemos separar unas de otras. Se trata de aquellos dones que proceden de Dios y a él retornan. En la antropología cristiana afirmamos que es Dios mismo quien inspira en el corazón del hombre estas virtudes con la gracia del Espíritu Santo recibido en el bautismo.

Por eso, no podemos olvidar que la virtud de la esperanza va mucho más allá de una visión optimista sobre la realidad. Para el contemplativo, para el cristiano —y yo me atrevería de decir para toda persona—, la esperanza no depende del estado de ánimo ni se deja condicionar por los contextos adversos. Los contemplativos de todos los tiempos saben bien, conocen bien, lo que significa vivir en contextos adversos —y no solo exteriores sino también interiores, los que tocan el alma, el corazón, la oración y la vida misma—.

Para el contemplativo, la esperanza se convierte en virtud cuando se experimenta a Dios como fundamento de la propia realidad y nos situamos

ante ella con la actitud de confianza de quien se sabe sostenido y alentado. Un monje de mi comunidad, que murió hace ya algunos años, al tratar de las virtudes teologales afirmaba que la fe es dejar entrar en la vida y en el corazón el misterio de Dios, de los otros. Esta convicción lo llevó a afirmar que la esperanza no es nada más ni nada menos que clavar el ánora de la confianza en el corazón del misterio de Dios y del misterio de los otros. Y yo añado, y cuán difícil es vivir no confiando en Dios, en los otros, en uno mismo.

Ante las dificultades —a veces pueden darse el cansancio y la falta de expectativas—, el creyente, el contemplativo, sabe que, por encima de todo, está la fidelidad de Dios. Ella es el fundamento de nuestra esperanza —experiencia y don del Espíritu— que hace posible el abandono creyente en las manos de Dios.

El poeta Charles Péguy inicia su conocido poema «La pequeña esperanza» con esta afirmación «Yo soy, dice Dios, Maestro de las Tres Virtudes». El poeta nos recuerda, repitiendo el estribillo «Yo soy, dice Dios, el Señor de las Virtudes» en cada uno de los párrafos, que las virtudes teologales no son ajenas al ser de Dios, sino todo lo contrario.

A mi parecer, es desde este criterio desde donde podemos hablar de la vida contemplativa como de un camino esperanzado porque Dios mismo se encuentra en el centro de este camino, más aún, es su origen y su plenitud.

La esperanza en la Regla de San Benito

Como monje me impresionan las veces que aparece en la Regla de San Benito, de manera explícita o implícita, la experiencia de la esperanza, en un doble sentido: en Dios que espera de mí, de los monjes y monjas, y de la esperanza que inunda o debería inundar nuestra vida monástica o contemplativa.

Daré unas breves pinceladas de lo que acabo de anunciar. La Regla de San Benito (480-547) es un texto escrito por el padre de los monjes de Occidente a inicios del siglo vi que tiene como objetivo organizar la vida de los monjes, en su concreción más práctica y orientar su espiritualidad, es decir hacernos ver que el camino de búsqueda de Dios, que es la única condición que pide a los candidatos a la vida monástica, se lleva a cabo en la más cruda realidad.

A lo largo del texto de la Regla se da una doble experiencia de la espera, de la esperanza, en activo que incluye todas las situaciones humanas y espirituales por las que pasa o puede pasar un monje o una monja, un contemplativo o una contemplativa, afirmando de nuevo que el don de la contemplación no es exclusivo de los consagrados.

Para todos los hijos e hijas de san Benito de todos los tiempos hay un momento culminante de la experiencia monástica y es el día de la profesión monástica, en la que después de leer la cédula y realizar todas las formalidades digamos jurídicas el neoprofeso canta el fragmento del salmo 118,116: «Sostenme con tu promesa, y viviré, que no quede frustrada mi esperanza». Toda la comunidad responde tres veces a este verso, agregando «Gloria al Padre» (RB 58, 21-22). Por ello es fácil encontrar en maestros de espiritualidad benedictina que la vida de los monjes y monjas es prepararse para cantar el último y definitivo *Suscipe*. Pero no solo esto, sino que ya desde el principio el monje o la monja se pone en camino para poder cantarlo. Por tanto, para que su esperanza no quede confundida, tendrá que ponerse en movimiento para vivir esperanzadamente. Y no es neutro que toda la comunidad añada el canto del gloria al Padre, porque ella misma se implica en el camino que inicia el candidato y este sabe que no está solo en este camino que lo llevará a la plenitud de su esperanza. Una esperanza que con el paso de los años y el caminar en la vida monástica irá perfilando y dibujando hasta aquel día en que será Dios mismo quien le dará su cumplimiento.

En este camino de fidelidad esperanzada los hijos y las hijas de san Benito no estamos exentos ni del cansancio, ni del desánimo. Pero san Benito mismo nos recuerda en el Prólogo de la Regla que Dios también espera, que no se desalienta, y nos lo expresa con una formulación muy impactante: «El Señor espera que respondamos diariamente con obras a sus santos consejos. Por eso, para corregirnos de nuestros males, se nos dan de plazo los días de esta vida» (RB Pról. 35-36). Dios entra en nuestra cotidianidad y en toda nuestra vida y no únicamente como una condescendencia sino que «el piadoso Señor dice: “No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva”» (RB Pról. 37). Es por tanto la vida la que tiene la última palabra.

Me impresiona que en los instrumentos del arte espiritual, es decir, en aquellas pautas que san Benito estable en el capítulo IV de la Regla para llevar a cabo la vida monástica, hay dos cuyo centro es la esperanza:

poner su esperanza en Dios (RB 4, 41) y no desesperar nunca de la misericordia de Dios (RB 4, 74).

La vida contemplativa como fuente de esperanza.

Este apartado final tiene en consideración a las mujeres y los hombres que dedican toda su vida, en el monasterio, a la búsqueda de Dios o mejor dicho, a dejar que Dios los encuentre. Se trata de los hombres y mujeres que comúnmente llamamos «contemplativos».

¿Qué aportaciones podemos hacer a nuestro tiempo?

Ante todo, porque es propio de los bautizados, anunciar a nuestros contemporáneos la llegada del reino, más aún, que el reino ya está aquí. Los monasterios, tanto para los que vivimos en ellos como para los que vienen con motivos y circunstancias muy diversos, plantean constantemente interrogantes muy profundos sobre el sentido de la vida y de la muerte, la esperanza y el amor, el sufrimiento y la alegría, el tiempo y la eternidad. La vida contemplativa es en sí misma una existencia profética y, por tanto, fuente de esperanza como lo fueron los profetas para el pueblo de Israel. Y los profetas nunca predicen el futuro tal y como les gustaría que fuese. Los profetas anuncian que hoy es posible vivir según el corazón de Dios y que un día esta experiencia nos será dada en plenitud.

Una segunda aportación que me parece importante en este tiempo es que la contemplación tiene o debería tener la capacidad para descubrir el drama de la existencia en su verdadera profundidad. No se trata solo de tener la capacidad para conocer los problemas de las personas, sino de disponer de una gran libertad interior para asumirlos con serenidad salvadora a través de la oración, de la *lectio*, de la vida en común, del trabajo... Por eso, la vida contemplativa se inserta profundamente en la historia de los hombres. Para ser auténtica, necesita alimentarse del dolor y la alegría de los hombres, convirtiéndose en fuente de esperanza, ya que el gran drama del hombre de hoy y de siempre es no sentirse escuchado. Ser contemplativo, como monje o monja, como creyente, es saber escuchar la voz del mundo y la voz de Dios en este tiempo, que es el único que tenemos para vivir nuestra filiación divina.

Como conclusión de esta reflexión reportaré brevemente una idea de la homilía de mi ordenación sacerdotal. Monseñor Ricardo Maria Carles,

que fue el obispo ordenante, sabiendo que los que ordenaba de diácono y de presbítero estábamos asignados a la coordinación pastoral de nuestro santuario nos dijo: «Trabajad para que los peregrinos al regresar a sus sitios de origen lo hagan con una fe esperanzada». Todo un reto no solo para los que nos ordenamos un lejano 21 de septiembre, sino para todo contemplativo.

PADRE JOSEP-ENRIC PARELLADA, OSB
Monje de Montserrat

¡Tú, mi fuente de esperanza!

Esta tarde me he sentado a escribir sobre la esperanza. Creía que sería más fácil, porque ¿acaso no es la esperanza mi hábitat, la tierra cálida de donde mana mi contemplación? Debería ser natural para una monja contemplativa hablar de la esperanza, pero yo quería o creía que debía decir tantas cosas que se me han pasado las horas en una especie de estupor, incrédula ante mi propia torpeza. Todos los comienzos grandes y profundos que se me ocurrían iban estallando como pompas de jabón a medida que se formaban en mi mente.

Ah, pequeña y dulce esperanza, qué tonta he sido. Tantos años sosteniéndome, y aún no he aprendido a reconocerte. ¡A veces eres tan diminuta, tan transparente! «Escribe sobre la esperanza» me han dicho, y sin darme cuenta he ido a buscarte a mi cabeza, a los libros, a la doctrina. Y sí, allí estabas, pero tan envuelta en conceptos que casi no te reconozco, y he tenido que recorrer un arduo camino para llegar más dentro y encontrarte al fin, risueña y amable, sofocando tu risa de niña.

Así, ¿qué decir de la esperanza? Ella no alumbraba como la fe, no arde como la caridad; pero brilla inextinguible en los límites, citándonos en los ángulos muertos de nuestra existencia, retándonos a encontrarla debajo de nuestros deseos, a desenterrarla de los escombros de nuestros proyectos.

La esperanza es la que se queda cuando todos se han ido: por eso habita en nuestros monasterios, porque, como nosotras, no se deja arrastrar por la corriente. Como nuestra propia vida, la esperanza es a veces

anacrónica, incomprensible, irracional. También como nuestra propia vida, a menudo pasa desapercibida. La humilde esperanza se amolda y enraíza en nuestros ritmos, pequeña y adaptable, acomodándose en los pliegues de nuestra cotidianidad, alimentándose de cada pequeño gesto, de cada pequeña oración, de cada diminuto o invisible acto de amor.

Somos monjas contemplativas porque tenemos esperanza. Una esperanza objetiva, arraigada en la propia experiencia, que se nutre de la memoria de la salvación. Una esperanza terca e inquebrantable, adherida como la hiedra a cada minúscula grieta, a cada aspereza, a cada pequeño o gran vacío de nuestra existencia. Una esperanza viva que es capaz de elevarse del suelo buscando la luz, capaz de sostenerse sobre sus minúsculas y numerosas raíces aéreas, capaz de crecer casi en cualquier sitio y en cualquier circunstancia.

Somos contemplativas porque tenemos esperanza, sí, y tenemos esperanza porque la propia contemplación nos da motivos para ello. La oración es el lugar primero donde aprendemos la esperanza, en la búsqueda incansable del Dios vivo. En la oración nuestras raíces escarban en el misterio mismo de Dios y se nutren de la contemplación de Cristo adhiriéndose a él, parasitarias de su encarnación. La oración alimenta el deseo y ensancha el corazón, porque la esperanza requiere corazones ensanchados. Oh, sí, ella es pequeña, apenas una niña en la dulce descripción de Charles Péguy. Pero necesita hacerse sitio, abrirse paso en nuestra estrechura para crear en nosotras un hogar amplio y comfortable donde pueda refugiarse la humanidad entera.

¿No lo había dicho todavía? La esperanza nunca camina sola, ella se hace un lugar en el interior de unos pocos para abrazar desde allí a todos. La esperanza anida en pequeños corazones que laten en pequeñas comunidades, para desde allí extenderse y adherirse a cada soledad, a cada canto rodado y a cada verso suelto, haciéndolos brillar uno por uno tan suyos, tan distintos, y ensamblándolos entre sí y consigo con amorosa ferocidad. La pequeña esperanza transforma por la fuerza de la gracia a los individuos en personas y a estas en pueblo de Dios, trasunto de la Jerusalén celeste, resplandeciente en su unidad.

¿Se entiende ahora por qué la esperanza es tan nuestra, tan amiga y compañera de nuestra contemplación? Ay, temo que no se entienda, ¡lo hemos explicado siempre tan mal! Por eso aún queda mucha gente

que cree que quienes habitamos los monasterios lo hacemos por huir del mundo en el peor de los sentidos, a saber: eludiendo nuestra responsabilidad con la humanidad, dejando fuera —qué ilusas— el dolor y la oscuridad que forman parte de ella, y lo peor de todo, dando la espalda a la búsqueda permanente de sentido de nuestros semejantes, en aras de una salvación burbuja que solo nos beneficia a nosotras. ¡Qué terrible error! Porque nuestra esperanza es siempre y esencialmente esperanza para otros, y solo así será realmente esperanza también para nosotras.

Y sin embargo, ¿es posible que algunas de nosotras viniéramos por eso al monasterio? ¿A refugiarnos tras las rejas, a perdernos por los claustros, a escondernos bajo nuestros hábitos? ¿Incluso —Dios no lo permita— a diluirnos y desdibujarnos en la suave cadencia de la oración litúrgica?

Vale, seamos sinceras, es muy posible que más de una viniera a la vida contemplativa buscando a Dios, pero también huyendo del peso de la propia vida. Si fue así, para ahora ya hemos averiguado que no se puede. La vida en el monasterio es un desierto hermoso y terrible donde no hay lugar para esconderse, porque ni en el más oscuro rincón del coro podremos evitar que la gracia nos alcance. Y la gracia, lo sabemos, es tan impredecible como desestabilizadora: ¡ah, cómo nos descoloca el amor, cómo nos interpela la fe! Pero es la esperanza la que primero nos encuentra, ¡es tan pequeña, tan sabia! No puede dejarnos en paz, no sabe hacerlo; ella recorre la tierra día y noche como un halcón, avistando hasta la última y más pequeña de las esperanzas que siguen brotando en los corazones de los hombres y mujeres. Ella las cosecha todas y nos las trae, palpitantes aún, para que las guardemos en el corazón de Dios, pues ¿cómo, si no, tan frágiles, podrían subsistir?

Esa esperanza que acogemos y alimentamos, que es más vuestra que nuestra y que «alcanza cuanto espera», ilumina el futuro, trayéndolo al presente. El contenido de nuestra esperanza es la buena noticia de Jesucristo, que no es solo un mensaje informativo, sino que comporta hechos y transforma la vida. Quien tiene esperanza vive una vida nueva, y la irradia incluso sin proponérselo. «¿Quién nos separará del amor de Dios?», nos interpela Pablo en la carta a los Romanos. Y la fe en este amor se materializa siempre en una esperanza concreta: «Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rom 8,38-39).

«Unas flipadas, eso es lo que sois. Deberíais preocuparos un poco más y prestar atención a las señales que hablan de disminución, crisis, envejecimiento, desaparición». ¿Flipadas? Claro que sí, del todo. Somos las descendientes de Habacuc, que exultan en el Señor mientras los campos dejan de dar cosechas y se acaban las ovejas en el redil. Somos las hermanas pequeñas de las vírgenes prudentes, que esperan tener suficiente fe y amor para mantener encendidas las lámparas de todas y que nadie quede fuera del banquete. Somos las hijas y herederas de María Magdalena, Clara, Hildegarda, Teresa, Beatriz, Juliana, Catalina y tantas otras locas inmensas, empeñadas en vivir creyendo que todo acabará bien y finalmente todo, absolutamente todo, acabará bien. Así que ¿para qué gastar tiempo y energías en mirarnos a nosotras mismas, pudiendo mirar a Dios?, y ¿cómo podremos mirar a Dios si no es a través de nuestros hermanos y hermanas, particularmente de los que más sufren? «Estase ardiendo el mundo», diría santa Teresa. No es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia, es tiempo de aventurar la vida, de jugarlo todo a la esperanza.

«El secreto del desierto es que esconde un pozo», decía el Principito. La vida contemplativa está llamada a generar esperanza para el mundo no porque posea la exclusiva de dicha fuente, sino porque la conoce y bebe de ella. Por eso puede, y debe, mostrar el camino al mundo. «Oíd, sedientos todos, acudid por agua; venid, también los que no tenéis dinero» (Is 55,1). La vida contemplativa está llamada a ser la memoria en el mundo de que hay agua para todos los sedientos, aceite para todas las lámparas, esperanza para todos.

HERMANA PATRICIA NOYA

Carmelita descalza

Monasterio de la Sagrada Familia (Hondarribia, Gipuzkoa)



PARA GUSTAR Y ORAR...

Testigos de la misericordia de Dios en medio del mundo

«Generar esperanza»

«¿Qué sería de la Iglesia sin la vida contemplativa? ¿Qué sería de los miembros más débiles de la Iglesia que encuentran en ustedes un apoyo para continuar el camino? ¿Qué sería de la Iglesia y del mundo sin los faros que señalan el puerto a quien está perdido en alta mar, sin las antorchas que iluminan la noche oscura que estamos cruzando, sin los centinelas que anuncian el nuevo día cuando todavía es noche?» (papa Francisco, noviembre de 2018).

«Hay otro gran testimonio que recorre la historia de la fe: el *de las monjas y monjes*, hermanas y hermanos que renuncian a sí mismos y al mundo para imitar a Jesús en el camino de la pobreza, la castidad, la obediencia y para interceder en favor de todos. Sus vidas hablan por sí solas, pero cabe preguntarse: ¿cómo pueden las personas que viven en monasterios ayudar al anuncio del evangelio? ¿No harían mejor en dedicar sus energías a la misión fuera del monasterio? En realidad, los monjes son el corazón palpitante del anuncio: su oración es oxígeno para todos los miembros del Cuerpo de Cristo, es la fuerza invisible que sostiene la misión.

Entre monjes y monjas existe una solidaridad universal, cualquier cosa que ocurra en el mundo encuentra un lugar en sus corazones y rezan. El corazón de los monjes y monjas es un corazón que capta como una antena, capta lo que ocurre en el mundo y rezan, e interceden por ello» (papa Francisco, catequesis del 26 de abril de 2023).

«Para nosotros los cristianos, el futuro tiene un nombre y este nombre es “esperanza”. La esperanza es la virtud de un corazón que no se cierra en la oscuridad, no se detiene en el pasado, no vive en el presente, sino que sabe ver el mañana. ¿Qué significa el mañana para nosotros los cristianos? Es la vida redimida, la alegría del don del encuentro con el amor trinitario. En este sentido, ser Iglesia significa tener una mirada y un corazón creativo y escatológico sin ceder a la tentación de la nostalgia que es una verdadera patología espiritual.

Todos hemos sido generados a la vida en el bautismo. Hemos recibido el don de la vida que es la comunión con Dios, con los demás y con la creación. Por lo tanto, estamos llamados a realizar la vida en comunión con Dios, es decir, en la intimidad de la oración en la presencia del Señor, en el amor a las personas que encontramos, es decir, en la caridad, y finalmente, en relación con la madre Tierra, lo que indica un proceso de transfiguración del mundo. Y la vida recibida como un don es la vida misma de Cristo, y no podemos vivir como creyentes en el mundo a menos que manifestemos su vida misma en nosotros. Injertados en la vida del amor trinitario nos volvemos capaces de la memoria, de la memoria de Dios. Y solo lo que es amor no cae en el olvido precisamente porque encuentra su razón de ser en el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En este sentido toda nuestra vida debe ser de alguna manera una liturgia, una anamnesis, una memoria eterna de la pascua de Cristo» (papa Francisco, 26 de noviembre de 2020).

«No te rindas a la noche: recuerda que el primer enemigo a derrotar no está fuera de ti: está dentro. Por lo tanto, no concedas espacio a los pensamientos amargos, oscuros. Este mundo es el primer milagro que Dios hizo y Dios ha puesto en nuestras manos la gracia de nuevos prodigios. La fe y la esperanza avanzan juntas. Cree en la existencia de las verdades más altas y más hermosas. *Confía en Dios creador, en el Espíritu Santo que mueve todo hacia el bien, en el abrazo de Cristo que espera a cada hombre al final de su existencia; cree, él te espera.* El mundo camina gracias a la mirada de muchos hombres que han abierto brechas, que han construido puentes, que han soñado y creído; incluso cuando a su alrededor escuchaban palabras de burla» (papa Francisco, carta de la esperanza, 2017).



**EN AGRADECIMIENTO A BENEDICTO XVI,
RECORDEMOS SUS PALABRAS**

Celebraremos la Jornada *Pro Orantibus*, dedicada al recuerdo de las comunidades religiosas de clausura. Es una ocasión muy oportuna para dar gracias al Señor por el don de tantas personas que, en los monasterios y en los eremitorios, se dedican totalmente a Dios en la oración, en el silencio y en el ocultamiento.

Algunos se preguntan qué sentido y qué valor puede tener su presencia en nuestro tiempo, en el que hay numerosas y urgentes situaciones de pobreza y de necesidad que se deben afrontar. ¿Por qué «encerrarse» para siempre entre las paredes de un monasterio y privar así a los demás de la contribución de las propias capacidades y experiencias? ¿Qué eficacia puede tener su oración para la solución de los numerosos problemas concretos que siguen afligiendo a la humanidad?

Sin embargo, de hecho también hoy, suscitando con frecuencia la sorpresa de amigos y conocidos, muchas personas abandonan carreras profesionales a menudo prometedoras para abrazar la austera regla de un monasterio de clausura. Solo las impulsa a un paso tan comprometedor el haber comprendido, como enseña el evangelio, que el reino de los cielos es «un tesoro» por el cual vale de verdad la pena abandonarlo todo (cf. Mt 13,44). En efecto, estos hermanos y hermanas nuestros testimonian silenciosamente que en medio de los acontecimientos diarios, a veces bastante turbulentos, el único apoyo que no vacila jamás es Dios, roca inquebrantable de fidelidad y de amor.

«Todo se pasa, Dios no se muda», escribió la gran maestra espiritual santa Teresa de Ávila en uno de sus célebres textos. Y ante la necesidad generalizada que muchos sienten de salir de la rutina diaria de las grandes aglomeraciones urbanas en busca de lugares propicios para el silencio y la meditación, los monasterios de vida contemplativa se presentan como «oasis» en los que el hombre, peregrino en la tierra, puede beber mejor en las fuentes del Espíritu y saciarse a lo largo del camino.

Por tanto, estos lugares, aparentemente inútiles, son en realidad indispensables, como los «pulmones» verdes de una ciudad: hacen bien a todos, incluso a quienes no los frecuentan y tal vez ignoran su existencia.

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias al Señor, que en su providencia ha querido las comunidades de clausura, masculinas y femeninas. No les privemos de nuestro apoyo espiritual y también material,

para que puedan cumplir su misión: mantener viva en la Iglesia la ardiente espera de la vuelta de Cristo. Para ello, invoquemos la intercesión de María, a quien, en la memoria de su presentación en el templo, contemplaremos como madre y modelo de la Iglesia, que reúne en sí ambas vocaciones: a la virginidad y al matrimonio, a la vida contemplativa y a la activa. (Ángelus, 2006).

Benedictus PP XVI

ORACIÓN

A ti Señor, uno y trino, levantamos nuestros corazones,
tú que habitas y llenas a borbotones de esperanza el
universo.

Haz que descubramos tu presencia amorosa,
río de gracia y misericordia, en cada criatura
y acontecimiento que circunda nuestra vida.

Danos la alegría de pronunciar tu nombre,
esperanza y gozo infinito.

Y, como Magdalena, cantar al mundo que tú ¡vives!,
que la muerte y el dolor no tienen la última palabra,
que «has resucitado» y nos has llamado a
«generar esperanza» y vida nueva, en medio
de tantas incertidumbres y dolores.

Ayúdanos a no poner límites a tus horas de gracia,
a recortar tu torrente de amor desmedido
e incondicional que nos transforma en instrumentos
humildes y sencillos que colaboran en la construcción
de un mundo más justo y fraterno. Amén.

Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
Edificio «SEDES SAPIENTIAE»
C/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edice@conferenciaepiscopal.es

Noverim me, noverim Te

